

Unni Lindell

**La trampa de miel
El primer caso de
la agente Marian Dahle**

Traducción del noruego de
Lotte K. Tollefsen

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

*Gracias a la comisaria de policía Eva B. Ragde
por su extraordinaria colaboración.
Y gracias a la muy viva y real Birka.*

La furia llegó deslizándose como una ola. Reconocible, dura y dinámica, de ninguna parte. Siempre caía como un rayo, provocaba un incendio que no se podía apagar. Como entrar en un agujero negro, ningún freno. Nada más que estos sentimientos punzantes. Las manos que se levantan, los músculos que se mueven, y el calor del odio cuando el golpe cae. Malditos bichos, llegar aquí y creer que se puede hacer lo que se quiera. Tomarse libertades, ocupar un lugar. ¿Cómo se llama? Egoísmo, egocentrismo o descaro puro y duro. El agua de la jarra tiene el mismo color que el cristal. Así es siempre, las cosas no son lo que parecen. El agua no es cristal.

*En surcos estrechos como dedos, abejas solitarias
habitan casas temporales entre la yerba. De rodillas
dirijo mi vista a una boca que es cueva, un ojo
redondo, verde, desconsolado como una lágrima.
(...)*

*La reina de las abejas contrae matrimonio con
el invierno de tus años.*

Sylvia Plath, «The Beekeeper's Daughter»,
(trad. José M.^a Moreno Carrascal)

10 de junio (14:42)

Vera Mattson pasó cansada la mano por su ancha frente. El cabello, recogido en la nuca en un moño desordenado, ya no era de un negro intenso, tenía hilos de plata y manchas castañas más claras en la raya y en su nacimiento.

Estaba sentada en una silla de cocina, la pintada, con las manos cerradas entorno a la taza marrón de café y atisbaba entre las cortinas. Miraba hacia el garaje de chapa ondulada, donde el seto de espino había crecido hasta hacerse denso y estaba entretejido de hiedra. Junto a ella, sobre la mesa, estaba el trapo de cocina estriado, gris de suciedad. La pintura del marco de la ventana se resquebraja. Hoy no hay ningún policía fuera, ningún pastor alemán que tire de la correa, olisqueando y meneando el rabo. Entonces, habrán terminado con sus investigaciones, ¿no?

Miraba fijamente hacia la casa amarilla del otro lado de la calle. Los rosales tenían hojas de un verde nuevo, y los capullos se abrían, rojos contra la pared amarilla. La hija de los vecinos y su amiga pelirroja y regordeta

jugaban, como de costumbre, en la cama elástica. Sus voces histéricas y agudas se colaban por la grieta de la ventana. Percibía sus destellos de color entre las ramas cubiertas de lilas azuladas, mientras saltaban arriba y abajo, arriba y abajo. Las niñas iban vestidas con vaqueros y camisetas cortas que enseñaban media tripa. ¿Por qué no se ocuparían los padres de hoy en día de que sus hijos fueran decentemente vestidos? ¿Y por qué estaban las niñas en casa en pleno día? ¿El colegio ya se había terminado por la llegada del verano, o tenían a los niños en casa por lo que había pasado con el chico la semana pasada?

Repentinamente, ese sonido volvía a estar allí. Vera Mattson mantuvo el café templado un momento en la boca antes de tragarlo. El irritante timbre de la furgoneta de los helados que se acercaba, mezclado con los gritos de las niñas. Pling, plong. Pling, plong. Pling, plong. Se hizo un silencio total.

La furgoneta de los helados pasaba todos los lunes, y siempre provocaba en ella la misma incontenible irritación. No sólo era que su ruido monótono causara un dolor casi físico, sino el revuelo que originaba. Gente que llegaba apresurada, gritos y ruidos. No le gustaban las interrupciones. Vera Mattson dejó la taza de café sobre la mesa con un pequeño estallido y bajó la vista hacia sus gruesos dedos. Las cosas podían cambiar en unos segundos.

La foto del chico desaparecido hacía una semana estaba por todas partes, en la televisión y en todos los periódicos. Cerró los ojos un instante y lo vio frente a ella, el pelo blanco y la boca medio abierta con sus paletos demasiado grandes. *Ella* era la última que lo había visto.

Se levantó, fue hasta la panera y la abrió. Sólo que-

daban dos trozos de pan, tendría que salir corriendo a la tienda. Lo odiaba. El sobrepeso era un problema. No le gustaba encontrarse con gente. Todavía utilizaba el abrigo de invierno aunque fuera verano. En realidad no era tan grueso, más que nada estaba desgastado. Y llevaba calcetines con zapatos y la vieja bolsa de la compra de nylon.

La llamada de la furgoneta de los helados empezó otra vez. «Irá bien, estoy bien», se dijo a sí misma y se tapó las orejas con las manos. Salió al pequeño recibidor. Se quedó parada contemplando su rostro en el espejo de la pared. El plateado de la vieja superficie tenía manchas marrones. La cara que veía era tan inexpresiva y poco acogedora que deseó esquivar su propia mirada. No había cambiado mucho en los últimos diez años. Todo lo demás cambiaba, pero ella no.

Se lo repitió a los policías varias veces, que no quería verse implicada en nada. Pero no la habían dejado escapar. Habían insistido en que tenía que contar lo que supiera. Pero ella no sabía *nada*, había dicho. ¿Qué podía saber? ¿Qué se suponía que debía saber ella?

Explicó lo mismo una y otra vez, que *había* visto a los tres chicos ese día. Que les había gritado porque, como siempre, habían intentado coger el atajo que atravesaba su jardín. «Muy molesto todo», reiteró a los investigadores. Ya que se lo preguntaban, no se cortó. Los niños la volvían loca deslizándose furtivamente junto a sus paredes a todas horas. Estaba claro que les encantaba provocar. El día que el rubio desapareció, ella abrió la puerta, salió corriendo y gritó tras ellos, rugió que ahora sí que ya estaba bien, que iba a buscar a sus padres, y cosas así. Pero dos de ellos ya habían pasado la verja caída del fondo del jardín y habían desaparecido ladera

abajo, hacia la calle Odden. El tercero, el rubio hijo del demonio, dudó y se detuvo. Entonces se volvió. Su regañina había tenido efecto. Muerto de miedo y desconcertado se quedó de pie a unos metros de ella, como si sus piernas estuvieran ancladas en la tierra. Duró tan sólo un breve instante. Había cortado una rama de lila. Ella le observaba enfurecida mientras arrancaba las flores moradas con sus pequeñas manos. Frotaba los racimos con los dedos de forma que las florecillas se deshacían y caían al suelo.

Hacía exactamente una semana. La policía decía que probablemente era la última que había visto a Patrik Øye. Por supuesto, ella no tenía ni idea de cómo se llamaba, no hasta que la policía llamó a la puerta. A los detectives les había contado todo: que el chico se había dado la vuelta, había regresado, para luego salir corriendo por la cancela, desapareciendo entre los postes y acelerando por el camino de grava, el mismo por el que había venido. Les había dicho que fue la última vez que le vio. Y que su mochila, negra y beige atravesada por una raya verde, demasiado grande para él, botaba arriba y abajo sobre su espalda.

10 de junio (15:16)

Signe Marie Øye se apoyó sobre un codo y se quedó tumbada en esa postura. Sobre la mesa había un vaso de agua. Junto al vaso, una servilleta con una mancha marrón de grasa. Miraba fijamente la puerta cerrada de la terraza y el cielo que coloreaba el cristal de azul. La intensa luz de verano calentaba las horas amarillas de forma indecente y nauseabunda.

De pronto, su hermana estaba allí otra vez. Cogió su mano.

–Ven, vamos –dijo–, siéntate. He preparado una tortilla.

Sentía la boca seca y extraña. Su hermana le daba la lata con la comida todo el tiempo. Una amiga había llamado para ofrecerse a cortarle el césped. El jardín era una jungla. Había sido una primavera muy cálida. Pero qué le importaba a ella el césped, ahora que Patrik había desaparecido.

Se obligó a incorporarse. Su hermana le puso un plato delante. Se sentó a su lado en el sofá y empezó a darle de comer. La alimentaba con pequeños trozos amarillos. Y Signe Marie Øye masticaba despacio, como si su boca fuera algo ajeno a ella.

No había dormido en mucho tiempo. Ni esta noche, ni la noche pasada.

Repentinamente oyó un coche fuera, en la calle. Giró la cabeza y escuchó. El motor latió en punto muerto un instante, luego metieron la marcha atrás y el coche retrocedió un poco. Escuchó cómo giraba hacia la calle y desaparecía. Así que tampoco esta vez era la policía que venía con un mensaje para ella sobre Patrik. Ya llevaba perdido una semana. Toda una semana.

El aire no se movía, era pesado. La ventana estaba abierta. El zumbido del tráfico de la E-18 inundaba el salón como una marea constante y se mezclaba con el sonido de la furgoneta de los helados que se acercaba.

Había recorrido el camino del colegio cien veces, ida y vuelta. Había mucha gente caminando por los senderos: ancianos que paseaban, madres jóvenes con carritos de bebé, escolares y gente con perros sujetos a una correa. Iban como si nada hubiera ocurrido. Bajaba la

cabeza al encontrarse con alguien conocido. Había subido hasta el colegio varias veces, se quedaba de pie mirando el edificio, luego bajaba por el camino de Selvik, hasta el final, donde el camino terminaba abruptamente frente a los dos grandes jardines. Allí donde empezaba el atajo secreto.

Había pasado entre los postes y llamado a la puerta de la casa marrón donde vivía la señora mayor, la que decía la policía que era la última que lo había visto. Pero nadie abrió. Sólo un gato blanco se lamía, sentado en la escalera. Habló con los que vivían en la casa amarilla con la gran cama elástica. Patrik hablaba de esa cama elástica, y de que él, Klaus y Tobias habían saltado una vez a escondidas, pero los habían echado las niñas que vivían allí. A Patrik le daban miedo las chicas grandes. Le había tenido miedo a tantas cosas: al médico y al dentista. A los adultos enfadados y a Severus Snape en las películas de Harry Potter. Y le daban miedo los perros desconocidos. Y los hombres raros. Pero esto último se lo enseñó *ella*.

Siempre tuvo miedo de que su hijo se cayera de lo alto de un árbol. Patrik adoraba subirse a los árboles. Había llegado a imaginárselo sin vida en el suelo, o en el agua, flotando boca abajo y el pelo, blanco, como hierba mecida entorno a su cabeza.

Nadie pudo contarle qué había ocurrido el tres de junio. Patrik simplemente se perdió, desapareció en algún punto del pequeño camino de grava entre los dos jardines. La policía decía que alguien debía haberle atraído u obligado a subirse a un coche. Le veía en diáfanos flash backs. El pelo blanco. Su rostro, su manera de reír. Le había dado a la policía la foto que le hicie-

ron en agosto del año pasado, el primer día de colegio.

La noche antes de que desapareciera, Patrik, Klaus y Tobias habían discutido a causa del fútbol. Los oyó a través de la puerta de la terraza. Patrik quería ponerse de portero, pero uno de los otros también quería. Se habían gritado, alterados, y luego los otros dos se habían marchado. Patrik no había querido acostarse esa noche. Estaba de mal humor y cansado. Cuando por fin consiguió que se acostara, pensó que debía leerle algo, pero no tuvo fuerzas. Le revolvió el pelo blanco y le dijo que tenía que dormir.

A la mañana siguiente el niño estaba sonriente otra vez. Ella había aclarado la taza de café bajo el grifo, como solía, y le había gritado que tenía que darse prisa o llegaría tarde al colegio. Fue *la-última-mañana*. Todo estaba grabado en su memoria. La ventana abierta, el aire del verano que ella sentía como un fino hilo de plata al atravesar las habitaciones. Y luego llevó a Patrik al colegio en coche.

11 de junio (9:15)

La urbanización de Frydendal, en Asker, estaba vacía de niños. Hacía mucho que habían desaparecido todos camino del colegio y la guardería. El inspector jefe de policía Cato Isaksen giró para salir del parking en su coche camuflado de policía. El aire caliente de verano golpeaba a través de la ventanilla medio abierta. Echó un vistazo al retrovisor observando su rostro marcado, con barba de dos días. Cumplir cincuenta años no era del todo fácil. Pero no estaba mal. Al fin y al cabo su hijo mayor, Gard, tenía 22 años. El mediano, Vetle, se

había ido al colegio hacía una hora y Bente había desaparecido poco después, montada sobre la bici de la cesta rosa chillón. Tenía el primer turno de guardia en el sanatorio en el que trabajaba y debería estar en casa con tiempo de sobra para hacer la cena.

Sobre el asiento del copiloto estaba el periódico del día, el *Aftenposten*, bien doblado. También hoy media portada estaba cubierta por la foto del niño de siete años que desapareció de Høvik, en Bærum, hacía ocho días. Cato Isaksen echó un vistazo al encantador rostro infantil. Se alegraba de no llevar ese caso. Alguien tenía que haber secuestrado al pobre chico. Si le encontraban, probablemente no sería con vida.

Cato Isaksen salió a la E-18 y se colocó en el carril de la izquierda. Adelantó cuatro coches y volvió al carril derecho. Llegaba tarde, pero había decidido tomarse con un poco de calma esta primera semana de vuelta al trabajo. Había estado de baja seis semanas, después de una mala temporada bastante larga. Primero se ahogó su compañero Prebe Ulriksen en Tailandia; luego su hijo pequeño Georg se vio involucrado dramáticamente en un caso criminal que él había llevado: un asesino condenado por sus investigaciones secuestró al pequeño de siete años al salir del colegio. El asunto terminó con el suicidio del secuestrador y el rescate de Georg, encontrado en una cabaña de un área de recreo en Sogn. La pesadilla vivida por su familia le decidió a tomarse, por primera vez en su carrera, un tiempo de descanso.

No había hecho más que volver al trabajo y ya habían surgido nuevos problemas. Mientras estaba fuera, la comisaria, Ingeborg Myklebust, había contratado un nuevo detective para su equipo, alguien que debía suce-

der a Preben Ulriksen. Y lo hizo sin consultarle. Marian Dahle, se llamaba la nueva. Había sido adoptada en Corea, parecía introvertida y tenía algo de sobrepeso. Dahle venía del departamento de seguridad ciudadana, donde había trabajado en la oficina de citaciones. De un día a día en el que remitía notificaciones a testigos se suponía que iba a pasar directamente a homicidios. Sólo eso ya... Desde la primera vez que la saludó supo que habría tormenta. Pero le iba a dar una oportunidad. El equipo estaba falto de personal y realmente necesitaba sangre nueva.

Aunque eran casi las 9:30, había principio de atasco en Lysaker. Cato se miró en el retrovisor. Qué enfadado parecía. Suspiró profundamente. Lo primero que había hecho al volver al trabajo fue entrar directamente al despacho de la comisaria y quejarse de la nueva contratada. Ingeborg Myklebust se disculpó con que no había querido molestarle durante la baja, que ésa era la razón por la que no se había puesto en contacto con él. Era, evidentemente, una buena excusa, pero él la había pillado. Sabía que le venía muy bien no tener que tomar postura ante sus opiniones. Especialmente porque sus opiniones a menudo no coincidían.

El equipo funcionaba al máximo antes de la llegada de Marian Dahle. Cato Isaksen había sido el inspector jefe de Roger Høibakk, Asle Tengs, Randi Johansen y Ellen Grue durante años. Le respetaban, le escuchaban y hacían su trabajo.

Siempre se había sentido seguro de ellos al cien por cien, pero ahora también *esto* estaba desmoronándose. Porque Asle Tengs no quiso hablar con él de Marian Dahle. Y Randi Johansen se mostró claramente incómoda cuando intentó sacar el tema con ella. Randi

siempre le había apoyado fielmente en todo. Así que Dahle ya había conseguido dividir al equipo, pensó mientras frenaba de golpe. Sintió un dolor agudo en la sien izquierda.

Roger Høibakk era el único que le había respaldado. Llamó bomba premenstrual y hormonada a la nueva, que ya se había lucido. Había hablado con la prensa sobre el comunicado de la Dirección General de la Policía en el sentido de que ya no podían apoyar económicamente el análisis de huellas biológicas, como si *ella* supiera algo de eso. Randi la excusó diciendo que la habían animado a que lo hiciera, pero aun así. Marian Dahle tenía un ego claramente sobredimensionado, pensó Cato Isaksen y puso el intermitente a la izquierda sobre el gran paso elevado, junto a la Estación Central de Oslo. La nueva Ópera se elevaba en vidrio y hormigón frente al mar.

11 de junio (20:54)

Elna Druzika cerró tras ella la puerta del almacén vacío y se quedó un momento esperando con la llave en la mano. Colgado del hombro llevaba el bolso amarillo mostaza que su madre le había tejido. Dejó caer la llave en el pequeño bolsillo lateral. Le dolían las muñecas. En su cabeza todavía oía el eco del ruido de la loza al entrechocar y el olor a comida se desprendía de su ropa y su cabello. Siempre se sentía a disgusto cuando estaba sola en los locales del catering al anochecer, pero esta noche había sido especialmente desagradable. Toda la tarde había sentido la angustia atenazándole la garganta, primero mientras terminaba las tartas de turrón con

vainilla, luego mientras servía en la cafetería, más tarde al escurrir la porcelana blanca, tirar los restos de comida y limpiar las encimeras. Las imágenes de la cámara frigorífica se habían congelado en su mente y alterado el ritmo de su respiración.

La plazoleta estaba silenciosa. Crujían las placas de chapa ondulada fijas en la parte inferior de la pared para protegerla de camiones y carretillas elevadoras. El sol, que las había calentado y dilatado durante el día, se había puesto tras los almacenes. Las placas se enfriaban. No se veía un alma, tan sólo los edificios industriales, enormes uno a continuación de otro, formando un patio cuadrado en el que sólo había aparcados dos coches. Reconoció uno, era de la empresa de seguridad, pero detrás había un coche rojo. Creía recordar haberlo visto antes, pero no podría asegurar dónde.

Bajó con cuidado la escalera de metal. Emitía un sonido reverberante cada vez que ponía el pie en un nuevo peldaño. Tenía que volver a casa con Inga.

La visión que había tenido unas horas antes, cuando sacó el paquete tieso y congelado de la última estantería de la cámara frigorífica, casi le había quitado la respiración. Alguien había intentado esconder una bolsa de basura negra debajo del estante, tras unas cajas de polietileno vacías. Se puso en cuclillas, sacó la bolsa y la palpó, pero se detuvo de golpe. Abrió la bolsa y miró dentro. Vio el cadáver de un niño. La imagen se grabó en su mente. Se dio la vuelta deprisa, se levantó y volvió a empujar la bolsa debajo de la estantería con el pie. Justo a la vez había sonado el ruido de un avión sobre el edificio y, repentinamente, allí estaba Norman Khan, detrás de ella. Había balbuceado algo, habló acelerada de que aún no había medido los ingredientes pero que las tartas

estarían a tiempo. Todas, y que iba a cubrir un par de ellas con mazapán y decorarlas con bombones para que fueran especialmente bonitas. «Sí, sí, sí», dijo él abriendo los brazos. Le había lanzado una mirada irritada y le había pedido que hiciera primero las tartas de miel.

De repente se abrió la puerta del comedor de los conductores y el sonido de sus voces y risas cubrió su conciencia como una molesta capa.

Sin previo aviso, estaba allí, detrás de ella. Junto a su espalda. Se dio la vuelta. Había visto demasiado, eso lo entendió por la expresión de su cara. No era capaz de hablar, ni siquiera de susurrar.

–No vas a... –dijo, y la agarró.

–No –respondió ella–. *Ni siquiera a Inga* –pero entendía que él lo sabía: sí, hablaría con Inga. Hablaba con Inga de todo.

La arrastró hacia él y la empujó detrás de la estantería. Se escabulló, pero la siguió y la estampó con dureza contra la pared. Cogió con fuerza sus antebrazos y la sacudió. Intentó soltarse y lo consiguió, pero en el momento en que iba a salir corriendo la retuvo otra vez contra él. Apretó en torno a su cuello. En ese momento se abrió la puerta batiente con un fuerte ruido metálico, y alguien metió la carretilla elevadora dentro de la cámara frigorífica. La soltó y se retiró; salió al sol y desapareció.

Luego, de vuelta al fregadero, se dio de verdad cuenta de que algo era peligrosamente diferente. ¿Qué podía hacer? Ella venía de un lugar en el que la vida y la muerte estaban mucho más cerca de uno que en Noruega. En casa, cuando enterraba a los gatos, sus hermanas pequeñas tenían una expresión relajada. «Hay gatos de sobra», decía siempre su madre. Pero los animales y las personas son cosas diferentes.

Después, Noman se había marchado a una reunión y Ahmed había continuado trabajando con la carretilla elevadora en el almacén. Oía el zumbido del motor en la cocina del catering. Sólo quedaban Milly y ella. Milly habló y habló, como hacía siempre. Pero era difícil concentrarse. Había aprendido que el autocontrol era una virtud, pero esto era diferente. *Tenía* que hablar con Inga. Pero Inga estaba sirviendo en la fiesta de verano de una gran empresa informática en Sjølyst. No podría hablar con ella hasta que llegara a casa.

Elna Druzika apretó el bolso regalo de su madre contra su pecho, como un amuleto. Cruzó el patio de prisa, anduvo hacia la puerta recortada en el gran portón de metal. Pronto estaría fuera de allí. Echó un vistazo al reloj. El autobús salía dentro de diez minutos.

En ese mismo momento registró un movimiento por el rabillo del ojo. La certidumbre corrió por su espina dorsal hasta la nuca. Oyó que alguien giraba la llave de uno de los coches aparcados. El motor arrancó. Tardó un poco en empezar a correr. Era como si estuviera en otro lugar. Escuchó que el coche aceleraba tras ella. No giró, pero corrió manteniendo la vista fija en la puerta, que estaba a tan sólo unos pocos metros. El coche se puso a su lado y se abrió la puerta del copiloto, pero ella no quería entrar. Pensó: camina despacio y con normalidad, como si no pasara nada. Pero en menos de un segundo el rugido del motor le hizo tomar conciencia de que se equivocaba. Esto no era ningún juego. Estaba tan desesperado que quería matarla. Iba a morir. Abrió la boca para gritar, pero no emitió ningún sonido. Cuando el coche la atropelló, pasó ante ella un río

de imágenes: el viejo caballo y el carro desgastado frente a la casa en Bene, su hogar. Las paredes de madera caldeadas por el sol, grises por el paso de los años. Y la tierra compacta en el exterior. Las flores a lo largo del muro y el hielo sobre los cristales en invierno. La madre Fanja y las hermanas. Y el hermano. Las nubes, que cubrían el tejado como seda blanca. El silencio, y la luna contra el cielo negro en otoño. El camino que giraba, que desembocaba en la rejilla que impide el paso de los animales, donde empezaba el cultivo. Todo fluyó por su conciencia un pequeño instante antes de la muerte, casi como la mínima pausa entre dos latidos del corazón.

Terminaron sus pensamientos. Dejó de oír, y el áspero asfalto desapareció en una clara luz blanca.